

CUADERNOS
DE HORIZONTE

Viaje de Egeria

*El primer relato
de una joven viajera hispana*

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
DE CARLOS PASCUAL

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 11

© De la edición, el prólogo y las notas, Carlos Pascual, 2017, 2024

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, S. L. U., 2024
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio, 2017

Primera edición en este formato: enero, 2024

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES
C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Diseño de cubierta:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

ISBN: 978-84-127475-0-8

THEMA: WTL, 1QBAR | Depósito Legal: M-187-2024

Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima
proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley.

Viaje de Egeria

PRÓLOGO

UN HALLAZGO COLOSAL ... 13

UNA MONJA...DE LEYENDA ... 17

LA DAMA PEREGRINA ... 22

RETRATO ÍNTIMO ... 27

UN CÓDICE Y UN VIAJE ... 31

LECTURAS VARIAS

DE UN LIBRO ÚNICO ... 37

TURISMO PIONERO ... 42

LA PRESENTE VERSIÓN ... 47

VIAJE DE EGERIA

LLEGADA AL SINAÍ ... 55

SUBIDA AL MONTE DE DIOS ... 57

EL HOREB ... 60

LA ZARZA DE MOISÉS ... 62

RECUERDOS BÍBLICOS ... 63

EL VALLE DE EL-RÁHA ... 65

DE FARÁN A CLYSMA ... 66

DESDE CLYSMA HASTA ARABIA ... 68

EN LA REGIÓN DE GESSÉN ... 69

EN RAMESES ... 70

EN ARABIA ... 72

EN LA REGIÓN DE GESSÉN ... 72

EL MONTE NEBO ... 73

LA PEÑA DE DONDE BROTO AGUA ... 75

EL SEPULCRO DE MOISÉS ...	77
DESDE EL MONTE NEBO ...	78
HACIA EL SEPULCRO DE JOB ...	80
LA CIUDAD DE MELQUISEDEC ...	81
EL HUERTO DE SAN JUAN ...	83
EL VALLE DE ELÍAS ...	84
EL SEPULCRO DEL SANTO JOB ...	85
HACIA MESOPOTAMIA ...	86
EDESA ...	88
LA CORRESPONDENCIA ENTRE ABGAR Y JESÚS ...	92
EN HARÁN ...	93
LAS TUMBAS DE NACOR Y DE BATUEL ...	95
EL POZO DE JACOB ...	97
DE ANTIOQUÍA A SELEUCIA ...	99
REGRESO A CONSTANTINOPLA ...	100
TEXTOS ADICIONALES	
CARTA DE ABGAR A JESÚS ...	105
CARTA DE JESÚS A ABGAR ...	106
CARTA DE VALERIO A LOS MONJES DEL BIERZO ...	107
BIBLIOGRAFÍA ...	115
NOTAS ...	119
ÍNDICE ONOMÁSTICO ...	133

En los últimos años del siglo IV, cuando el imperio romano está a punto de derrumbarse, una mujer hispana de alto linaje se pone en camino para conocer y venerar los Santos Lugares recién «descubiertos» por santa Helena. Atravesando la Vía Domitia, llega a la capital de la *pars orientis* del Imperio, Constantinopla, continúa hasta Jerusalén, recorre parajes bíblicos, incluido el Sinaí y algunos lugares de la Mesopotamia romana. Va narrando cuanto ve, con deliciosa frescura, en unas cartas dirigidas a las amigas que quedaron en la patria. Su relato, copiado por algún monje en el siglo XI, fue hallado en 1884 en una biblioteca italiana. Tras una ardua investigación, se pudo poner nombre y rostro a esa matrona piadosa: Egeria, la primera viajera y escritora hispana de la que tengamos noticia.

PRÓLOGO



La historia de la que vamos a ocuparnos podría servir como argumento de suspense. Corría el año 1884 y un erudito italiano, Gian Francesco Gamurrini, rebuscaba y ponía un poco de orden entre polvorientos legajos y manuscritos de la Biblioteca della Confraternità dei Laici (o de Santa María), en Arezzo. Un códice atrajo especialmente su atención. Se trataba de unos pergaminos en latín, copiados en el siglo XI, en los cuales aparecían juntos –aunque escritos por distinta mano– dos textos que nada tenían que ver entre sí. El primero, eran fragmentos de San Hilario de Poitiers. El otro escrito resultaba más intrigante, pues era una curiosa relación de un viaje a Tierra Santa, escrito en época muy temprana, y por una mujer anónima que hablaba en primera persona.

Por lo que podía apreciarse a simple vista, en este segundo escrito faltaban bastantes hojas; muchas al principio, algunas al final, puede que alguna de por medio... Un examen reposado del hallazgo comenzó a arrojar las primeras luces. Se trataba de unas «notas de viaje» redactadas según un molde ya conocido, la *peregrinatio* o *itinerarium*, uno de los más tempranos géneros medievales, según la tipología clásica de Jean Richard. Lo curioso del caso es que las notas estaban redactadas en forma de misivas o cartas, hacia finales del siglo IV o comienzos del v.

Al parecer, la redactora escribía a unas lejanas *dominae et sorores* («señoras y hermanas») que habrían quedado muy lejos, en la patria común, a la cual ella confiaba en volver, según indicaba al final de su relato. La autora había realizado un largo periplo, desde «tierras

extremas» hasta los lugares bíblicos, y describía estos a sus remotas destinatarias con una frescura y candor de lenguaje que cautivaban desde el primer momento: aquella era una obra singular.

Inmediatamente, Gamurrini se puso a hacer averiguaciones y a investigar más a fondo cómo y desde dónde habría llegado hasta Arezzo aquel códice. Por la forma de la escritura y la datación del mismo, se podía presumir que este había sido transcrito en el *scriptorium* de la célebre abadía benedictina de Montecasino; de hecho, parecía que ese mismo códice había servido al bibliotecario de dicha abadía, Pedro Diácono, para redactar el tratado o catálogo *De locis sanctis* hacia 1137. Hacia 1610, el abad Ambrosio Rastrellini lo habría llevado consigo desde Montecasino al monasterio de las santas Flora y Lucilla, en Arezzo, al hacerse cargo de este último; y de allí habría pasado a la Biblioteca della Confraternità al suprimirse, en 1810, la abadía aretina, filial de la de Montecasino.

Pero esto no resolvía las principales dudas. ¿Quién era aquella mujer cuyo relato había sido copiado en el siglo XI por la mano abnegada de algún monje? ¿En qué época exacta había llevado a cabo sus andanzas y las había puesto por escrito para que sus *sorores* pudieran ver a través de su mirada viajera los lugares más venerados de la cristiandad?

Al año siguiente de su hallazgo, el propio Gamurrini lanzaba las primeras hipótesis y ponía nombre a la anónima redactora: se trataría, según le pareció vislumbrar «en súbita iluminación», de Silvia de Aquitania (o Sylvania), hermana del prefecto Flavio Rufino, en tiempos del emperador Teodosio, en los últimos años del

siglo IV. Ese fue el nombre y autoría que aventuró en la edición príncipe del texto, en 1887, y también en la segunda edición, más cuidada, del año siguiente.

Pero ya en ese último año las dudas se tornaban cada vez más espesas para el propio Gamurrini. En 1903, el benedictino Dom Mario Férotin daba un golpe de timón definitivo: la autora no era Silvana o Sylvania, sino una tal Etheria o Egeria, de la que se tenían confusas noticias. Concretamente, aparecía elogiada por su intrepidez viajera y su piedad en una carta escrita por el abad Valerio a unos monjes del Bierzo en el siglo VII; dicha carta había sido recogida por el padre Enrique Flórez en su monumental obra *España Sagrada*, un significativo fruto del enciclopedismo ilustrado del siglo XVIII.

Así que, según Férotin, la verdadera redactora de la hasta entonces conocida como *Peregrinatio Silviae* sería, en realidad, la hispana Etheria o Egeria. Más adelante veremos con algo de detalle cómo se fueron desbrozando hipótesis, y cómo se llegó a fijar la autoría del escrito hallado por Gamurrini —entretanto, en 1909, De Bruyne había encontrado otras hojas sueltas del mismo viaje entre los Manuscritos de Toledo de la Biblioteca Nacional de Madrid; hojas, por cierto, copiadas un par de siglos antes que las de Arezzo—. De momento, lo que nos interesa retener es que el hallazgo de Gamurrini sacaba de pronto a la luz a una mujer hispana como verdadera artífice de aquel relato.

La importancia de estas averiguaciones es evidente. Estaríamos, posiblemente, en presencia de *la primera escritora española* de nombre conocido cuya obra haya llegado a nuestras manos. Y su relato, *el primer libro español de viajes*. Porque, aunque fuera redactado con

otros propósitos, concretamente desde la piedad religiosa, lo cierto es que el texto de Egeria constituye un auténtico diario de ruta, que anticipa en bastantes siglos lo que algunos exploradores medievales convertirían en género literario, y no digamos los viajeros románticos, mucho después. Incluso el vehículo formal de sus observaciones y anotaciones —la forma epistolar— es un molde adoptado por escritores viajeros de todas las épocas.

Con nuestra mentalidad actual, digerida la revolución copernicana, y con la sacudida de los descubrimientos actuales y el abismo sin fondo que ofrecen a nuestra imaginación de personas del siglo XXI, resulta difícil calibrar lo que supuso el viaje de Egeria. Un periplo que atravesó *todo el orbe* conocido —como se encargaría de glosar Valerio—; un viaje que solo se detuvo ante aquellos confines informes en los que el mundo civilizado se difuminaba en franjas oscuras, no sometidas a la *disciplina romana*, y anilladas hacia los límites del universo.

Nos cuesta, asimismo, imaginar el verdadero valor de las distancias, y de las fatigas para vencerlas, en aquel mundo del siglo IV, cuando el Imperio romano, por algunos rincones de su dilatada masa, comenzaba a fermentar y a corromperse, cercano a su total derrumbe. Pero no es el viaje en sí, por meritorio que se quiera, lo que da grandeza e importancia al relato de Egeria. Lo relevante es, sobre todo, el relato mismo. Lo notable es el paladar fino de viajera «de raza» que sabe detenerse en detalles, degustar el trajín, al margen de sus piadosos móviles, adelantarse en muchos siglos a la sensibilidad que llegaría después a cristalizar en sólido género literario.

El que, posiblemente, debemos considerar como primer clásico viajero español no es un torpe balbuceo,

sino una obra fresca y espléndida que merece mayor justicia. Solo estudiosos y eruditos se han ocupado hasta ahora del manuscrito de Egeria. Pero su relato, por sí mismo y por lo que significa, merece ser conocido por el público en general, al menos por el público amante de la literatura viajera. Lo merece el relato y lo merece su autora. Porque la figura de Egeria tiene todos los ingredientes para encandilar a cualquier lector sensible: es una figura tan apasionada como apasionante.



UNA MONJA ... DE LEYENDA

Cuando Gamurrini descubrió el códice de Arezzo, su primer desafío era sacar a la autora del anonimato. En un principio, como dijimos, Gamurrini creyó que podría tratarse de Silvia (o Silvania) de Aquitania, por las alusiones que se hacen al río Ródano y algunos modismos del latín empleado. Pero las dudas se hacían cada vez más consistentes; Silvia no era hermana de Flavio Rufino, como se había dicho, sino *γυναικαδελφῆς*, «hermana de su mujer», cuñada, y por tanto no necesariamente de Aquitania. Aquella atribución había sido generalmente aceptada por todos al principio. Un erudito francés, C. Kohler, aventuró que pudiera tratarse de Gala Placidia, hija del emperador Teodosio, pero las fechas no encajaban: cuando se pudo determinar con certeza la fecha del viaje, resultaba que para entonces Gala Placidia todavía no había nacido.

Otros autores hicieron diversas conjeturas: Geyer «tenía por cierto» que se trataba de una mujer francesa, aunque no Silvia; algunos incluso pensaron en una

italiana, basándose en el lenguaje empleado. Fue, como dijimos, el benedictino francés Mario Férotin quien aclaró la autoría, siguiendo la pista del abad Valerio, aquel documento del siglo VII que ensalzaba la intrepidez viajera de la hispana Etheria o Egeria¹.

Ese era un segundo problema a resolver: el nombre correcto de la autora. Porque entre la carta de Valerio —que transcribe varias grafías— y noticias sueltas de catálogos o listas, el surtido de variantes era abultado: Aetheria, Etheria, Heteria, Egeria, Eucheria, Echeria... Para no cansar, digamos que al principio se aceptó ampliamente el nombre de *Etheria* —que vendría a significar algo así como «Celeste»— y se desechaba el de *Egeria*, porque era el nombre de una ninfa romana cantada por Ovidio y Virgilio, entre otros; es decir, era un nombre de sabor pagano. Pero otros estudiosos pusieron de relieve que entre los cristianos de la época era común usar nombres de divinidades o personajes paganos. Agustín Arce, el autor español que más a fondo trató el personaje y la obra de Egeria, también se inclina por la forma *Egeria* y da una razón importante: en algún documento latino de la misma demarcación geográfica (la «provincia Gallaecia») aparece como firmante una tal *Egeria testis*. En palabras de H. Chirat, y para resumir, «es la forma Egeria la mejor atestiguada, la que explica incluso las diferentes grafías y la que la crítica textual obliga a preferir».

Pues bien, ¿quién era esa tal Egeria que realizó tan largo y penoso viaje y consignó por escrito sus impresiones? ¿Qué rostro de carne y hueso se oculta tras ese nombre? Aquí hay que deshacer un largo y colosal malentendido —que en parte sigue vigente—.

El de suponer que Egeria fuera monja o algo parecido. El hecho de que la autora se dirija a unas *dominae et sorores* llevó a identificarla con una *soror* o *sor*, una monja; más aún, con una *abadesa* que relata a sus monjas las maravillas que ellas no pueden ver. El malentendido arranca de una visión sesgada, o interesada, pues quienes más se ocuparon del personaje desde época temprana fueron religiosos; Valerio, el abad del Bierzo del siglo VII —cuyo panegírico resultó clave para poner rostro y nombre a la viajera—, se refiere a ella como *beatissima sanctimonialis*: es decir, da por supuesto que era *monialis*, lo que tendría que ver con esa condición; tal vez tuviera alguna razón o algún dato en su momento para apoyarlo. Y en un catálogo de la biblioteca de la abadía de Montecasino —donde estuvo el códice antes de ser transferido a Arezzo— se consigna ese volumen como «Escritos de Hilario y de la *abatissa*».

19

Lo cierto es que en aquella época temprana del cristianismo las monjas no se habían inventado aún, por decirlo coloquialmente. En todo caso, se estaban fraguando los cimientos de algo que vendría después. Es verdad que en el Concilio de Elvira (o Granada), en el año 305, se regula cierto tipo de vida religiosa para las mujeres. Sabemos que la hermana del obispo Osio de Córdoba, uno de los asistentes al Concilio de Elvira, había consagrado a Dios su virginidad. Para depurar el *pactum virginitatis* de que habla ese concilio, otro cónclave celebrado en Zaragoza en el año 380 prohíbe dar el velo a las vírgenes antes de cumplir cuarenta años; y otro concilio, celebrado en Toledo poco antes del 400, impone graves sanciones a los prevaricadores. Es decir, a pesar de la fecha temprana, ya existía un cierto

movimiento «monacal», como destacó Fray Justo Pérez de Urbel, autoridad (interesada) en la materia.

Lo que ocurre es que las «monjas» de entonces y el género de vida que llevasen serían muy diferentes al modelo que la tradición y el correr de los tiempos irían acuñando. Parece seguro que por entonces existían grupos de mujeres que, bien individualmente, bien en comunidad, se entregaban a cierto tipo de vida religiosa. Había entre esas mujeres *virgines*, *viduae* (viudas) o sencillamente *continentes*. Su vida en común ha de entenderse de manera un tanto laxa, tal vez algo así como la institución muy posterior de las beguinas y beguinajes o beaterios de los Países Bajos —con todas las salvedades, es solo una ilustración—. Todavía no estaba rígidamente establecida la *stabilitas loci*, y las devotas podían entrar y salir de su residencia con bastante libertad de movimientos.

20

Los *monasteria* de que habla Egeria, los que ella acude a visitar en Egipto o en los entornos de los santos lugares, no eran monasterios tal y como ahora los entendemos, sino más bien eremitorios o ermitas, es decir, habitáculos o incluso cuevas donde vivían los ermitaños de manera individual —*monos* en griego significa solo, único—, aunque a veces próximos unos de otros. En nuestro país, un ejemplo válido de lo que eran aquellos *monasteria* serían las ermitas de Córdoba, que precisamente trataron de reproducir, muchos siglos después, el género de vida de los primeros anacoretas. Algunos estudiosos, como A. Arce, llegan a afirmar —con sospechosa rotundidad: Arce era franciscano— que ya en aquella época había «monasterios» similares a lo que ahora entendemos por tales, con grupos de hombres

o de mujeres entregados a Dios, y viviendo una vida en comunidad

Pero hablar de *la monja Egeria* me parece un despropósito. Por la expresión reiteradamente empleada, *dominae et sorores*, no puede deducirse que se dirija a *hermanas* monjas; y desde luego, el contexto general es muy otro, como enseguida veremos. El poeta Virgilio emplea a veces el término *soror* como equivalente de amiga, compañera (A. Blázquez). Ya antes de que naciera Egeria, la expresión *soror*, empleada coloquialmente, podía tener una mera connotación de afecto, no necesariamente de parentesco. La interpelación a unas *dominae et sorores* habría que traducirla, pues, como «respetables amigas», o incluso «queridas amigas»².

Esta confusión primordial fue alimentando lo que podríamos llamar el mito del personaje: «la monja Egeria». Insisto en ello pues da idea de la popularidad que ha llegado a alcanzar, y de su vigencia. Se ha llegado a hablar con total desparpajo de la «monja viajera», en claro paralelismo con santa Teresa de Jesús, algo que alentó en su día Fray Justo Pérez de Urbel³. Este abad compara los trotes y el arrojo de Egeria con las andanzas de la «monja andariega» por excelencia, Teresa de Ávila. La aproximación es comprensible. Pero no la comparación: devotas las dos, andariegas las dos, escritoras las dos, son en el fondo muy distintas. Santa Teresa viaja pero va a lo suyo, a sus fundaciones, sus escritos espirituales o sus absortas meditaciones. Egeria también va a lo suyo, pero disfruta su trajín, sabe fijarse en las cosas, sentir curiosidad por ellas, sabe enriquecerse a través de las experiencias y conocimientos que el trayecto le va brindando, y no siente empacho en detallarlo

por escrito. En este sentido, creo que la figura de Egeria resulta más cercana, más a ras de tierra, y paradójicamente, mucho más moderna que la de esa otra mujer, también española, también viajera y también escritora.

Señalemos por lo demás que el paralelismo entre ambas parecía darse por sentado en el sello emitido en España, en 1984, con motivo del «XVI centenario del viaje de la Monja Egeria al Oriente Bíblico⁴». Más aún, en 2005 se inició en Alemania un «Proyecto Egeria» para realizar cada año, hasta 2015, una peregrinación «a cada uno de los once países que hiciera la Hermana Egeria», empezando por España⁵. Todavía hoy, los textos que pueden leerse en internet de grupos y organizaciones de carácter religioso o feminista son tan combativos como desenfocados. Y no se han olvidado de Egeria los novelistas, elevándola algunos al grado de ¡santa!⁶



LA DAMA PEREGRINA

Lo que sí está claro es que era una gran dama. O al menos una mujer importante. Solo así se explicaría que pudiera disponer tan libremente de su persona y de su tiempo. Y que pudiera viajar de la manera en que ella lo hacía, sin problemas de dinero y en compañía de un nutrido séquito. Es más, las facilidades que encuentra donde quiera que vaya, los obispos que salen a recibirla, el propio uso que hace del *ager publicum* (vía diplomática y militar), todo ello parece indicar que se trataba de una dama noble y adinerada. Algunos incluso han apostado que pudiera estar emparentada de algún modo con la familia imperial. Agustín Arce da por sentado que

«entre Egeria y Teodosio (el emperador español) parece que hubo cierta relación de parentesco o al menos de amistad» y aventura incluso que Egeria pudo nacer, o al menos vivir, en Coca (Segovia) y realizar parte de su viaje en compañía de Teodosio. Es una hipótesis patriótico-voluntarista sin mayor fundamento.

Despejado el malentendido de «la monja Egeria», deberíamos abordar su figura desde una perspectiva distinta, moderna y más cercana al conocimiento histórico que ahora tenemos de su época. Una clave para entender quién era Egeria es insertar su figura en su contexto histórico, sin prejuicios de índole religiosa. Y lo primero que hay que aclarar es que emprender un viaje como el que hizo era algo que en su época estaba de moda. Sobre todo entre las clases pudientes, sin excluir a las mujeres. Franco Cardini, en su estudio sobre la mujer medieval, destaca esos aspectos sociales, encuadrándolos en el fuerte movimiento emancipador que consiguieron, en los últimos días del Imperio, algunas matronas romanas de clase acomodada. Llega a afirmar que «un verdadero diluvio de matronas inunda la Jerusalén de los tiempos de Jerónimo»⁷.

No era infrecuente, al parecer, que una mujer de cierta alcurnia se echase a los caminos. Mucho antes de las inquietas Leonor de Aquitania, Brígida de Suecia o Englantine de Chaucer, ya en ese dramático siglo IV que serviría de gozne a dos eras históricas —fin del mundo clásico e inicio del período medieval— fueron bastantes las damas romanas que invadieron las vías, todavía seguras, del Imperio. De algunas de estas peregrinas tenemos noticia cierta: la diaconisa Marthana, que se cruzó en el camino de Egeria; las Marana Cira o María de

Amida que aparecen peregrinando por los entornos de Jerusalén; la noble Melania, que tras enviudar a los veinte años viaja con otras dos damas de la aristocracia hasta el desierto egipcio, plagado entonces de anacoretas, y acaba fundando un monasterio en el monte de los Olivos; o Paula, también de familia ilustre, compañera espiritual de San Jerónimo, que fundó en Belén un monasterio «dúplice» (de hombres y mujeres, aunque por separado) y un albergue para peregrinos...

La «culpable» de tal fascinación por Oriente fue Santa Helena, madre del emperador Constantino, con su empeño en recuperar y lustrar los Santos Lugares. Aquella suerte de arqueología sacra, unida a la aparición de ciertos libros piadosos, como la *Vita Antonii* de Atanasio de Alejandría, encauzaron a riadas de peregrinos hacia los parajes bíblicos, los *martyria* o sepulcros de algún apóstol u hombre santo (no necesariamente mártir), y los *monasteria* o cenobios donde, como el propio nombre indica, vivía un solo ermitaño retirado, aunque pudieran hallarse agrupadas algunas de esas «ermitas».

De todo había en aquella piadosa confusión de trotamundos: monjes y ascetas bienintencionados —se ha llegado a hablar de un cierto «eremitismo itinerante»—. Pero también abundaban los llamados *gyrovagui*, tipos variopintos, de ideales y conducta a veces más que dudosos, que traían de cabeza a los Santos Padres y responsables locales. Sobre todo cuando se trataba de mujeres. Valgan de ejemplo las palabras de San Gregorio de Nisa, quien en su *Epístola Segunda* critica a las féminas que se exponen al peligro: «Puesto que en aquellos lugares de Oriente las posadas, las hospederías y las ciudades tienen mucho de licencioso y de indiferente

hacia el mal ¿cómo se puede conseguir que a quien anda entre humos no se le irriten los ojos?».

Más duro y cascarrabias es san Jerónimo. A pesar de ser él, desde su retiro de Belén, un promotor excepcional de los Santos Lugares: «...Y es tal la aglomeración de uno y otro sexo que, lo que en otro sitio pretendías evitar, no era sino parte de todo lo que aquí tienes que aguantar». Y en una carta a Furia (una noble viuda romana) se queja del poco edificante ejemplo de una de aquellas peregrinas ilustres: «Hace poco hemos visto algo ignominioso, que ha volado por todo el Oriente: la edad, la elegancia, el vestir y el andar, la compañía indiscreta, las comidas exquisitas, el aparato regio: todo parecía anunciar las bodas de Nerón, o de Sardanápalo».

Algunos —Leclercq con especial insistencia— quisieron ver en este reproche una alusión directa al viaje de Egeria. Pérez de Urbel se apunta a esa opinión y achaca la rabieta de San Jerónimo al hecho de que Egeria no fuera a visitarle. Pero a poco que se lea con imparcialidad el texto de Egeria y a poco que se la «conozca», resulta impensable que sea ella la persona a la que Jerónimo se refiere. Es más, las fechas no cuadran. Lo más probable, como apunta Paul Devos, es que el escandalizado Jerónimo se refiera a la noble Poemenia, pariente del emperador Teodosio, quien hizo un ostentoso desplazamiento acompañada de servidores y eunucos, y todo un séquito de clérigos y obispos⁸.

En aquel tropel de matronas romanas que se apuntaban a la moda del pío excursionismo hubo un grupo importante de mujeres hispanas. La cosa tiene su explicación: cuando el emperador Teodosio el Grande —que los segovianos de Coca consideran su paisano—

se estableció en la corte de Constantinopla, le arropó un grupo de mujeres que se hicieron notar en la vida pública. Sobre todo su propia consorte, Flacila, quien —como ha observado Kenneth G. Holum— fue la primera mujer que no solo recibió el título de Augusta, sino que ejerció como tal; papel protagonista que, a partir de entonces, tendrían las emperatrices bizantinas⁹.

Junto a Teodosio y Flacila estaban la cuñada del emperador, María (viuda), y las hijas de esta, Termancia y Serena; mujeres de origen hispano que J. F. Matthews llama «the Gallic supporters of Theodosius». Pero la familia imperial no se limitaba a los miembros bajo techo de palacio. No existen bases sólidas para afirmar que Egeria perteneciese a la familia imperial. Lo que sí está claro es, primero, que los lazos y conexiones tanto del clan imperial como de las familias nobles formaban una malla difusa que se extendía por todo el imperio; y segundo, que las mujeres de la aristocracia se copiaban algo más que la moda del peinado o los vestidos. También la fiebre viajera, que era algo bien visto por aquellas calendas, un valor social de clase alta.

Egeria, por lo demás, no era la primera aristócrata hispana que realizaba uno de aquellos viajes de moda. Antes que ella lo había hecho otra noble de origen hispano, la ya citada Melania, quien enviudó a los veintidós años y emprendió un viaje (entre el 371 y 372) en compañía de Rufino de Aquilea para visitar a los anacoretas del desierto de Egipto. Su ejemplo fue seguido, entre otras, por la también hispana Poemenia —la que escandalizó a San Jerónimo, posiblemente—, la cual visitó Egipto y Palestina entre los años 384 a 395; ella iniciaba su periplo el mismo año en que Egeria emprendía regreso del suyo.